

La Última Mujer de la Tierra

La Última Mujer de la Tierra vive en Los Ángeles. Es soltera y treintañera, mide metro setenta, pesa 65 kilos y su signo es virgo. Es la persona más famosa del mundo. Su talk show tiene la audiencia más alta de toda la parrilla, con unos índices que superan los de la Super Bowl y las reposiciones de Miss Universo. La Última Mujer de la Tierra no es particularmente talentosa o carismática. Parpadea mucho, y a menudo se embarulla leyendo el guion del teleprompter. Antes de que se extinguieran todo el resto de mujeres, la Última Mujer de la Tierra vivía en Ohio y era maestra de parvulario. Ella no pidió ser la Última Mujer de la Tierra, pero lo hace lo mejor que puede.

El programa de la Última Mujer de la Tierra se llama Programación de Sobremesa con la Mujer. Su modelo es Oprah. En la primera temporada, los hombres llegan, se sientan en sillones de cuerpo y rememoran a mujeres que conocieron en su día. Algunos hablan de sus antiguas esposas y novias, pero la mayoría habla de sus madres. Es como hacer terapia, solo que la Última Mujer de la Tierra no es psicóloga, sino que se queda ahí sentada asintiendo y pronunciando fórmulas de validación como «Caray», «¡Ay, no!» y «Debió de ser duro». Los hombres lloran siempre. La Última Mujer de la Tierra se cansa de oír hablar de madres, y en la segunda temporada centra el programa en la repostería.

Cinco días por semana, la Última Mujer de la Tierra prepara una tarta casera en la cocina del estudio. Se recoge el pelo con un pañuelo y se coloca un delantal blanco con estampado de cerezas. Invita a expertos de campos diversos para que va-

yan a darle una charla mientras cocina. A lo largo de cuarenta y cinco minutos, el experto le suelta una disertación a la espalda de su jersey mientras ella extiende con el rodillo una masa comprada, mezcla fruta con maicena y pinta el enrejado con huevo batido. La pantalla partida muestra un primer plano de la tarta en proceso y, al lado, el rostro del experto mientras perora monótonamente sobre urbanismo o carpintería o neurociencia o poesía. Al final de cada entrega, la Última Mujer de la Tierra le presenta al experto la tarta terminada. Le sirve un pedazo y espera a que él le diga que es la mejor tarta que ha probado en la vida, definitivamente, sin discusión, etcétera.

Miles de hombres se postulan para acudir al programa. Todo el mundo quiere probar tarta preparada por una mujer. Una vez el experto queda saciado de tarta, la Última Mujer de la Tierra le da las gracias y se retira a la tenue luz de su salón, donde bebe cócteles en compañía de una amiga interpretada por una fregona. La Última Mujer de la Tierra le explica a su amiga todos los datos interesantes que ha descubierto de la mano del experto del día. A veces, algún ayudante de producción entra a gatas en el set y le da un meneo a la fregona para que parezca que la amiga está escuchando. El programa termina cuando la Última Mujer de la Tierra empiece a sollozar, momento en el que la pantalla se funde a negro.

La Última Mujer de la Tierra aparece en la portada de cada número de la US Weekly. Un sinnúmero de artículos analizan su vida sentimental y conjeturan sobre los motivos por los que no sienta la cabeza con alguno de los cientos de millones de hombres heterosexuales de edad idónea que quedan en el mundo. En realidad, los únicos hombres que quieren salir con la Última Mujer de la Tierra son pervertidos y buscafocos. Es demasiada presión, salir con la única mujer. Los hombres normales prefieren sencillamente salir entre ellos.

En su tiempo libre, a la Última Mujer de la Tierra le gusta hacer senderismo por el Runyon Canyon disfrazada burdamente de hombre y pintar cuadros que muestran especies extintas: los rinocerontes negros de África occidental, el bucardo pirenaico, la foca monje del Caribe. Pero el tiempo libre de la Última Mujer de la Tierra escasea a medida que su imperio sigue creciendo. Su agenda diaria está abarrotada de reuniones, con su agente, con su entrenador personal, con jefes de Estado extranjeros y con su negro editorial, Phillip, que anda enfrascado en sus memorias, tituladas provisionalmente La mujer que no estaba dispuesta a morir. Su página web recibe miles de consultas al día. Los hombres recurren a ella siempre que quieren un punto de vista femenino. Por lo general, tienen dificultades para interpretar las acciones de alguna mujer de su pasado. Confían en la Última Mujer de la Tierra para poder ponerle un cierre. Un equipo de becarios gestiona esta correspondencia, normalmente enviando una respuesta formularia que insiste en vivir el presente por medio de la práctica del mindfulness.

Pero con el paso de los años, los hombres sienten cada vez menos interés por lo que diga la Última Mujer de la Tierra. En Slate y en Medium se publican artículos de opinión con títulos como «La creciente irrelevancia de la Mujer». La Última Mujer de la Tierra lee los comentarios que dejan en los artículos, y en los clips de su programa colgados en YouTube, y en los blogs de cotilleos donde diseccionan su inexistente vida amorosa. Muchos hombres desearían que la Última Mujer de la Tierra fuese mejor. Es tan una mujer cualquiera, dicen. ¿No podrían habernos dejado a Rihanna o a Megan Fox? O, si no una belleza física, al menos una mujer que fuese un genio, o que supiese un montón de chistes. Los hombres comentan que seguramente sus tartas no están tan buenas. Coge las recetas de la antigua web de Martha Stewart, y ni siquiera hace ella

misma la masa. Uno señala que hay miles de reposteros brillantes en el mundo, pero a ninguno le dan un programa. Todo lo que ella hace lo haría mejor alguno de los numerosos hombres de la tierra. La Última Mujer de la Tierra coincide en esa conclusión. A menudo se siente triste.

En la séptima temporada de su talk show, la Última Mujer de la Tierra regresa al formato Oprah. Esta vez, invita a los autores de comentarios negativos y deja que la insulten a la cara. La mayoría se avergüenzan y le piden perdón, cosa que la saca de quicio, porque no es buen material televisivo. Pero algún que otro día le toca un verdadero luchador que le dice exactamente lo que piensa de ella. En esos momentos, la Última Mujer de la Tierra se siente realmente viva. Da indicaciones a sus cámaras para que hagan zoom en ella mientras el hombre escupe su veneno, y capturen así el sutil dolor que perturba levemente el estoicismo de su rostro. Pero el público detesta esos episodios. Solo tenemos una mujer, señalan sus partidarios. Debemos tratarla bien. Todos los hombres que la critican en pantalla mueren asesinados antes o después. La Última Mujer de la Tierra queda horrorizada ante la violencia que se comete en su nombre. Vuelve a las tartas.

Cuando la Última Mujer de la Tierra muere, a pocos días de su cuadragésimo cumpleaños, cortan la 405 para que desfile un cortejo fúnebre de más de quince kilómetros televisado simultáneamente en todo el mundo. Nadie va a trabajar ese día. Todos siguen el funeral de la Última Mujer de la Tierra, en bares y en centros recreativos y en servicios de señoras reconvertidos en santuarios donde se conmemora la antigua existencia de las mujeres. Los hombres intentan superarse unos a otros en la escenificación de su dolor. Se visten como la Última Mujer de la Tierra, se ponen pelucas y pintalabios y delantales encima de faldas de vuelo vintage. En privado, es un alivio que la Última

Mujer de la Tierra ya no esté. Por fin pueden hacer y decir lo que les venga en gana. La lengua inglesa recobra su antigua simplicidad. Todo el mundo habla sin tapujos del destino del hombre.

Son una edad de oro para el género masculino, esos cincuenta y seis años que tarda la especie humana en extinguirse. El Último Hombre de la Tierra tiene noventa y cuatro años cuando se muda a Los Ángeles. Emite sketches intelectualmente estimulantes, subversivos y tronchantes desde el mismo estudio en el que grababa en su día la Última Mujer de la Tierra. Desearía que quedase alguien para ver su programa, que es mucho mejor que el que hacía ella. Debería haber tenido él su propio talk show sesenta años atrás. Pero se lo dieron a la Última Mujer de la Tierra, no porque lo mereciese, sino simplemente porque era una mujer. El Último Hombre de la Tierra muere con resentimiento en el corazón.